

Iglesia del Salvador, vida de Antón Martín—muchos se han arrugado tanto y consumido, que están pidiendo a gritos la pala del enterrador: barrios bajos en general, Lavapiés, Ave María, Amparo, Mesón de Paredes... calles tan alegres, tan hermosas, tan castizas, ahora desgastadas, sucias, inexpresivas, denotan cuán razonable es la piqueta, y como lo más natural de la vida es la muerte, cuya visita a tiempo es la bendición de Dios. Vivir o no vivir. Ser o no ser, pero no sobrevivir, perdurar, seguir estando sin estar, sobrepasado por los cambios.

Es absurdo oponerse a la terminación natural de la vida. Está bien que se conserve el recuerdo de lo que fué, pero en el archivo, en el

libro registro, donde no estorbe ni desmienta con su triste presencia el lirismo de quien lo cante.

Las cosas, como los seres vivos, deben desaparecer: lo contrario convertiría el planeta en un museo de ruinas nada edificante. ¡Bien muerto está todo!

Calle de la Esperanza, de Madrid. Tu nombre ha sido un símbolo en mi vida desde que me acogiste en tu seno; «la libélula vaga de una vaga ilusión» «la ilusión no lograda» y por eso permanente, que se mantiene hasta el final, haciendo caminar sin desmayo, con esperanza. ¿Qué más puede pedirse que una quimera para engañarse todo el camino?

Patricio el embustero

HOMBRE de ocurrencias sorprendentes, alto, seco y desgastado, un poco falto, con exaltado mirar, que puso a la calle del Recreo el poético nombre que lleva, aunque por motivos tan poco líricos como los de ir a ensuciarse todo el mundo en ella.

Tuvo muchos hijos y para no confundirse con los nombres propios, los numeró por su cuenta después de cristianarlos.

La mayor parte de su vida fué cabrero, pero pasó en la Estación alguna temporada.

El ganado molestaba y deterioraba bastante la casa de su suegro, donde vivía. La abuela refunfuñaba diciendo que no lucía lo que se limpiaba y se fué a la plaza. Cuando volvió se encontró la casa iluminada con candiles. Sorprendida, preguntó la causa, y Patricio la justificó: para que luciera.

Al irse de quintería para la semana, su suegro le ordenó que no estuviera en la casa para cuando volviera. Patricio confeccionó varias tiendas de campaña en la calle, con las sábanas y mantas de la casa e instaló a la familia y tuvieron que pedirle por favor que se entrara a la casa otra vez.

Son infinitas las simpladas que se cuentan de Patricio y sonadas las carcajadas con que él mismo las celebraba, entremezclándolas con una especial labia gitana, que manejaba hábilmente para lograr sus propósitos. ¡Y no le fué mal del todo! A muchos los «arregló» porque también era curandero.

Un día fué abordado en la puerta de su casa por unos tratantes que buscaban quién les vendiera una caballería. Patricio les envió a casa de un vecino, que tenía una potra. Los tratantes quedaron sorprendidos al ver que la potra del vecino era descomunal y apreciable a simple vista, y el interesado, que era una excelente persona y la formalidad misma, aunque disgustado, tuvo que reírse de la ocurrencia de Patricio.

Un clavo saca otro clavo

«Chichín» fué uno de los discípulos del ciego el «Colgandero», célebre tocador de guitarra. Con él iba Nicolás «Cachile». La figura de «Cachile» era la de un antropoide gigante, alto, curvado, de miembros largos y brazos con tendencia a irse al suelo, ni rubio ni moreno, «enzurrunao», del color de la tierra, hocicón, con cejas abultadas y las intenciones de enredar como las de los monos. Hombre temático que se complacía en sembrar la cizaña, sobre todo si podía dar como fruto algún regaño o cachete para algún chico, casi siempre inocente para sus acusaciones. Ya viejo me estuvo reprochando dos años seguidos la forma en que correspondí a un saludo, «como si hubiéramos sido iguales». Ellos embromaban al ciego, al uso del Lazarillo de Tormes, agraviando su nariz, ya que no podía ser la vista.

Ahora hay una muchacha, a la que veo con frecuencia, que me saluda como yo saludé a «Cachile». Me hace mal efecto, pero me río y no digo nada, acordándome de Nicolás.